

novelista Blest Gana? Siendo este en la creación novelesca, la figura máxima del siglo—¿sería acaso exagerado decir que en toda la América hispana—y esto sin chauvinismo de nuestra parte?—le corresponde una presentación más amplia en el sentido interpretativo y mediante la cual el lector pueda recibir una impresión más o menos integral sobre lo que ese novelista significa en Chile, en el siglo en que vivió, en la historia de nuestras costumbres, en la creación de los tipos novelescos, en la influencia que recibió y en la que extendió sobre otros novelistas chilenos. Si la intención de Solar Correa, fué la de dar cabida sólo a los creadores artísticos, nos parece extraño que la presentación del más grande de todos, sea igual a la de algunos mínimos que en el libro aparecen.

Con todo, la labor que se ha impuesto Solar Correa merece elogios. Es uno de nuestros escritores que trabaja con más conciencia y si esta selección nos merece algunos reparos, debemos reconocer que abundan en cambio en ella, el buen gusto el sentido de la medida y un considerable conocimiento de nuestra literatura del Siglo XIX.—*D. Melfi.*

AMÉRICA INICIAL, por *Luis Franco*.

Nos interesan más los libros europeos que los americanos. Conocemos mejor las literaturas extranjeras que las de nuestro continente. Estas verdades perogrullescas no han sido aún desmentidas. Un rápido

viaje por las librerías basta para convencernos de ello. El snobismo está siempre alerta y por centenares de libros mediocres que las editoriales europeas nos arrojan—nos arrojaban, digamos ahora que estamos condenados a no recibir libros extranjeros—sólo unos pocos libros americanos, llegan a nuestras librerías. Y llegan a precios prohibitivos. Nuestra moneda parece una mendicante si se la compara con las de otros países. Antes de producirse nuestra bancarrota económica, el fenómeno del aislamiento intelectual provenía de la indolencia para abrir caminos de acercamiento o de intercambio. Estábamos encerrados, encorsetados en nuestras fronteras y sólo las abríamos al libro europeo. Un concepto muy rudimentario de la cultura nos hacía creer que América era incapaz de producir obras de mérito. En general, carecíamos de amplitud para juzgar por cuenta propia y esperábamos que el libro americano diera la vuelta por Europa primero, en viaje de consagración, para que le franqueáramos nuestra privanza. Se ha modificado ya grandemente este concepto, si bien el libro americano continúa inmóvil dentro de su respectivo país de origen.

El libro del escritor argentino, Luis Franco, *América Inicial* (1), es apenas conocido en nuestro país. Y es un libro de rica entonación ideológica. El ensayo que da nombre al libro es un conjunto magnífico de fuerza y de fervor por la creación de una América no ornamental y de cultura prestada, sino una América

(1) Editorial «Babel», Buenos Aires, 1932.

nuestra, en espíritu y en verdad. «¿Hemos realizado ya—escribe Franco—ni marginalmente, la América que soñaron sus iniciadores y tutores? No podemos engañarnos. Bolívar tendría que saber que aun viven ignorándose enciclopédicamente unas a otras las repúblicas hermanas; Rivadavia, que el latifundismo mantiene aun mostrencos nuestros campos; Sarmiento, que el abecedario aun es semilla de poco arraigo en ellos; Martí, que aun hay muchos grilletos por limar».

Es decir, es casi enteramente el problema de nuestra América lo que Franco sintetiza en esas breves palabras. El sudamericano vive en una tierra que no le pertenece; por lo menos en una tierra cuya posesión cabal, es para él un mito. Paralelo a este vital problema, está el de la cultura. Nunca será bastante la insistencia y el continuo volver a él. América se aniquila en pueriles orgullos de razas o de sangres. Lo que importa es «constituir un día, bajo el signo de una esperanza igual y la aprensión de un destino idéntico, una comunidad espiritual más viviente que todas las guerras y políticas». La América pintoresca tiene que ser olvidada. Esa América del turista, del papagayo, del caudillito, del aventurero. La América de los motines cuarteleros, que pasan entre risas y pullas de los extranjeros. Porque ni siquiera levantan un hombre fundamental, de entre los cascos de los caballos o los pujos de bastarda ambición de los matones con ínfulas de legisladores o estadistas. A lo sumo el más triste ridículo o la huída vergonzosa. Y a comenzar de nuevo.

Contra esto y aquello, que es la ignorancia, la sumisión a las fórmulas manidas de la cultura, levanta Franco su palabra fervorosa. Debajo de las selvas, de las montañas, de los ríos, de las cordilleras, hay una América interior, creadora de un espíritu nuevo y de un hombre nuevo. Y esa es la América que por encima de fronteras y de vanidades lugareñas y pueriles se trata de levantar. En esta empresa, trabajan en todos los países del continente los escritores que han abandonado el estéril narcisismo de salón y de sala de té a la moda, para concretar sus aspiraciones en comunes anhelos. «América—escribe Franco—tiene que dolernos como un recuerdo y alegrarnos como una esperanza. Dolor y alegría: los dos mensajeros de toda creación. Pero no fabriquemos americanismo. Dejemos que lo americano nos venga como una gracia y nos salga como un brote». Y extendiendo aún más su esperanza, agrega: «Aunque tampoco hemos de dejarnos acorralar por un regionalismo continentalista. Sabremos ascender a lo universal o no seremos nada».

Completan el libro de Franco los capítulos: «La Palabra creadora y El primer y último tema», escritos en forma de diálogos, expresiones muy interesantes por la idea y por la claridad de estilo. Además un capítulo Máscaras, retratos breves de Nietzsche, Schopenhauer, Maupassant, France, D'Annunzio, Valery, Corbiere, Papini, Whitmann, etc. Están trazados con originalidad y enfocan cada autor, con penetrante sentido crítico. Es especialmente novedoso

el consagrado al gran poeta norteamericano, Whitman, el más humano de los hombres». — *Domingo Melfi*.

NOVELA

UNA NOVELA CUBANA.

Don José Antonio Ramos es un escritor cubano residente desde largos años en Estados Unidos de Norte-América donde sirve un cargo consular. Su labor intelectual, es abundante, habiendo cultivado con entusiasmo el drama, el ensayo político, el social y el económico; la novela, la crítica, etc., en diferentes y numerosas obras que lo hacen aparecer como uno de los fecundos escritores cubanos de su generación, y al mismo tiempo, como el más proteico. Inicia su labor en 1906, en plena adolescencia, con dos dramas: *Almas rebeldes* y *Una bala perdida* que le fueron editados en Barcelona, labor que hasta ahora no ha sido interrumpida. La novela que origina este comentario, ha aparecido recientemente (1) y es la vigésima de sus obras. Una de éstas *Cuando el amor muere* ha sido traducida al inglés por Isaac Goldberg y su drama *Satanás*, fué estrenado por Tallaví en el Teatro Novedades de Barcelona.

No obstante, el señor Ramos es un escritor casi desconocido. Que nosotros sepamos, aquí en Chile se le nombra por primera vez. Manuel Pedro González en el prólogo que es una calurosa presentación

admirativa explica la escasa difusión de la obra de su compatriota:

Una modestia extremada y una gran bondad, unidas ambas a su instintiva aversión al reclamo, han restado a su obra la resonancia continental que por su recia envergadura debió haber obtenido ya. En Cuba lo mismo, por su condición de inadaptado y, acaso también, por el ostracismo en que ha vivido siempre, su labor no ha logrado toda la divulgación que por la renovadora ideología que comporta fuera de desear; ningún escritor, de entre las últimas parvadas intelectuales, cubanas, se ha preocupado tanto por los problemas, sociales, políticos y económicos de nuestra América, ni ha escrito páginas tan luminosas sobre estos temas, como José Antonio Ramos. Ninguno tampoco, que sepamos, ha enfocado mejor nuestros conflictos que él.

A decir verdad, nosotros no podríamos verificar la exactitud del juicio recién transcrito, pues al señor Ramos le conocemos sólo *Las Impurezas de la Realidad*, libro que origina este comentario, ni tampoco asegurar que la ausencia de resonancia de su obra se deba a las causas señaladas por el prologuista. Sin embargo, basándonos en el conocimiento de su última novela, a pesar que dista mucho de ser excepcional, encontramos cierta razón a Manuel Pedro González, al creer a la labor del señor Ramos merecedora de una divulgación más o menos amplia, pues *Las Impurezas de la Realidad* no carece de aspectos que la puedan hacer sobresalir del término medio de la producción intelectual indoamericana, haciéndola acreedora de la atención de los lectores de estos países.

(1) Agencia de Librería. Barcelona.